

El Baluarte

Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 266

Sevilla—Martes 18 de Noviembre de 1902

AÑO XXVI

A don Nicolás Salmerón

VIII

Dejemos a los monárquicos que se despedacen, y sigámonos ocupando de nuestra casa y de lo que nos importa.

Por testimonios muy autorizados sabemos que el partido federal no sólo no rechaza la unión, sino que está muy bien dispuesto a entrar en ella. Celebramos con todas las veras los buenos propósitos de los federalistas.

Pero para llegar a la unión imponen como condición que se haga un programa. Hay que convenir que esto es muy razonable. Sin programa vamos a lo desconocido, al azar, caminamos a tientas, y no ofrecemos nada al país; y hoy, para tener personalidad en la vida pública y para aspirar al Gobierno y tener la confianza de los ciudadanos, es preciso caminar en pleno día y ofrecer soluciones para los problemas de mayor actualidad.

Los federales, encastillados siempre en su credo y en su doctrina, se han negado a toda inteligencia. Hoy se prestan al concierto, y esto implica una transacción a que no podemos ni debemos negarnos los que no somos federales. Vamos a la asamblea a discutir y acordar como hombres y como ciudadanos, rompiendo con los exclusivismos particulares, y cediendo todos en honor a la patria y en aras de la concordia y de la fraternidad republicana con los exclusivismos sectarios y con los particulares intereses.

Ahora tratamos de armonizar las aspiraciones del gran partido republicano para bien de la patria; luego, cuando hayamos conquistado los derechos y, traducido, los acuerdos en preceptivas resoluciones, con fuerza de obligar y funcione el poder legislativo, la nación dispondrá libremente de sus destinos, ya inclinándose a soluciones más conservadoras, ya rebasando las fronteras de la reforma que la gran colectividad republicana haya convenido en su particular asamblea.

Ni todos los republicanos son individualistas, ni la mayoría es partidaria de la autonomía regional; como se aprecia con distinto sentido el problema obrero, y con criterio diferente la relación de la iglesia católica con el Estado.

Hay algunos que tienen puntos de vista muy conservadores, y otros que pretenden hondas y radicales transformaciones, ya en el orden político, ya en el orden económico, ya en el orden social.

Honradas y respetables son todas las opiniones, porque las ideas merecen todos los respetos. Pero es que hay algo superior a los particulares convencimientos en que todos estamos de acuerdo y por igual interesados: la patria y la democracia, es decir, el suelo que pisamos y los derechos de todos los que habitamos esta tierra sagrada, y ante estos supremos intereses tenemos que rendir los particulares convencimientos, ofreciendo este holocausto a lo que a todos nos es común y por todos respetado como lo primero.

Asíremos a la asamblea como amigos, como hermanos, para entenderlos y encontrar soluciones de concordia, y no dudo que bien dispuestos todos, no será difícil llegar a la ansiada unión.

Somos todos democratas, y no hay entre nosotros discrepancia en los principios que informan la doctrina democrática, como somos patriotas y queremos una España grande y próspera, unida por el amor de sus diferentes comarcas.

Como partido democrático, tenemos que apoyarnos forzadamente en la masa popular, honrada y laboriosa, que aspira a redimirse con el trabajo y con la ilustración, mediante la libertad, y debemos a esa masa las transformaciones en el orden jurídico que elevan su condición, singularmente en cuanto afecta al problema agrario.

Somos hombres libres, y por lo mismo, respetuosos con las ajenas ideas, y lo menos que debemos al pueblo español es brindar a los católicos y a los no católicos con la mayor libertad, para que adoren a quien quieran, pero haciendo entender a la Iglesia de Roma que su

misión no es de este mundo y que el Estado no admite ingerencias extrañas ni pactos que cercenen la soberanía de la nación, a nombre de la que se gobierna, y cuya soberanía no se puede discutir por ningún poder, aunque presuma de divino.

Si valen de algo estas observaciones a usted, señor Salmerón, y a todos los republicanos que por igual consideramos y apreciamos, les suplico las tenga en cuenta.

AURELIANO ALBERT.

Nota del día

Dos sucesos han acaecido en Sevilla, durante los dos últimos pasados días, importantísimos.

El primero acaeció... en domingo. Por la Sociedad Económica de Amigos del País fue nombrado Senador un hijo que no es del país, y que ni siquiera es conocido. Se sabe que se llama D. Fulano, ¡y nada más!

El segundo suceso acaeció ayer. Por las corporaciones oficiales se le rezó, se le bailó y se le canturreó a Colón; la cuenta la pagará el municipio, y allá, en su mausoleo, quedará Colón hasta que haga falta jugar otra vez, o divertirse un rato.

Esto segundo, en gracia a la pompa y vanidad, ha encontrado eco en nuestra Prensa. No era solo Colón el que se manifestaba, sino que había un ministro, un Gobernador, un Alcalde, y demás señores conspicuos por sus cualidades, condiciones, cargos, etcétera. La Prensa cumplió su misión de echar zahumerio a todos y a cada uno: explotó la actualidad, y a eso estamos.

Pero es el caso que la Prensa sevillana, en punto a defender a Sevilla, dice ella que lo antepone a todo, ¡a todo!

Y la Sociedad de Amigos del País nombra Senador del reino a un hijo que no es del país, metiendo lo que se llama un embolado, y la Prensa de Sevilla se queda tan calladita, tan circunspecta, demostrando su gran amor a Sevilla con el más elocuente silencio.

—Eso es cosa de los partidos políticos— dirán.

Yo creo que no. Los partidos políticos son cuatro señores particulares que se reparten la capa política, pero que, hasta aquí, han tenido el pudor y la independencia necesaria para no sufrir el latigazo central. Había necesidad de un diputado, y... se nombraba a cualquiera: al señor Marqués de Pickman, por ejemplo, quien, después de todo—y aparte sus condiciones de inteligencia—en Sevilla vive, y aquí radican sus intereses. ¡Bien está!

Pero que una Sociedad titulada de Amigos del País nombre un representante del país que no es del país, eso... en Sevilla y en la Zululandia se ve solamente.

Y que la Prensa se calle y no diga esta Sevilla es mía, también no sucede más que en la Zululandia, porque allí no hay Prensa.

—Pero, ¿aquí hay Prensa?
Sí señor: 40,000 ejemplares de *El Liberal*, y 40,001 de *El Noticiero*, y 40,002 de *Don Cecilio*, ya es bastante para formar opinión y recoger vergüenzas del arroyo para arrojarlas a la frente del que las debiera ostentar.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

En Madrid ha sido denunciado *El Evangelio*.

¡Ni las sagradas escrituras están ahora libres de los furros policíacos!

El señor ministro de Marina cumplió ayer su misión en Sevilla como el más fiel mandadero.

Le dijeron en Madrid:

—Duque, en Sevilla te llaman para que cargues con los restos de uno de tus ascendientes, aunque en ley de verdad sabemos todos que a tí te toca Colón lo que a mí el Shah de Persia. Bueno es que vayas y justifiques siquiera esa parti-

da que figura en el Presupuesto nacional a tu favor hasta que cambie esto y te la supriman.

Y el buen duque llegó por la mañana vestido de Almirante para alegrarnos la vista; se fué hacia la Catedral a ejercer el oficio de palanquero; comió en casa de uno de sus parientes; visitó el *Extremadura* para tener el gusto de que le tocaran la Marcha Real, y en el mismo tren que vino se fué.

A la ciudad le ha resultado barato... Por este lado merece el Duque los mayores plácemes. Los señores concejales que pensaban sacar la tripa de mal año, se han visto burlados en sus deseos.

Todavía no hemos podido recabar noticias acerca de los sucesos que ayer se desarrollaron.

Ni siquiera hemos podido hablar con Luquiño, único reporter que bajó a la cripta y fué testigo ocular cuando abrieron la caja ó urna foneraria en que se conservan los llamados restos de Colón.

Con una sinceridad que le honra, dicho reporter, luchando por encubrir la verdad de lo que vió, escribe en *El Noticiero*:

«Gracias a la amabilidad de los señores indicados, pudimos ver el contenido de la caja. En el fondo aparecían fragmentos *pequeñísimos* de huesos humanos, y una cantidad, *también pequeña*, de cenizas; eran los restos del gran navegante.»

De los fragmentos *pequeñísimos*, solo hay uno que puede achacarse haber pertenecido a un cuerpo humano; y aun ese sería difícil que ningún hombre de ciencia se atreviera a testimoniarlo.

En cuanto a la *también pequeña* cantidad de cenizas, vaya usted a saber.

—Eso que está ahí son las cenizas—dicen.
—Buena: más vale creerlo así—exclama todo el que lo ve.

Y eso mismo le ha sucedido al reporter susodicho, quien, no atreviéndose a más, y correspondiendo a la distinción de que le hicieran objeto, se ha contentado con manifestar sus dudas con *pequeñísimos fragmentos* y *también pequeña* cantidad de cenizas.

—Al través de los siglos...
Miente el que tal cosa diga.

Al través de los siglos, de bastantes más siglos atrás que cuando muriera el inmortal navegante, se pueden ver—yo los he visto en el vecino pueblo de Santiponce—esqueletos humanos que no dan lugar a la duda.

¡De modo que a otro perro con ese hueso!

Ayer ejerció de alcalde el señor Héctor Abreu para no dejar lucirse a don Emilio Jimeno, sacando, por consiguiente, las castañitas del fuego... las castañitas que don Emilio, muy cuidadoso, había puesto. ¡Armonías liberales! han dado en llamarle a esto. ¡Rediós con las armonías! Son badilazos tremendos.

Cuando me echo a la vista uno de esos artículos que se escriben por provincia, no con tinta, sino con sangre, no puedo dejar de transcribir uno de los chispazos.

Porque es indudable que en España hay Prensa que diga la verdad con entera independencia; lo que sucede es que esa Prensa no es de Madrid, y no anuncia la Compañía Trasatlántica, ni los anuncios de la Tabacalera, ni otras cosas del mismo jaez.

Pero que dice la verdad es indudable. Prueba al capto:

«Parece que por los políticos españoles no pasa un día. Son los mismos de siempre, los que han reducido, entre adabaciones y cobardías, el suelo patrio; los que todavía sueñan con expansiones coloniales en África, sin más fin que exportar funcionarios ladrones ó proteger compañías extranjeras concusionarias y absorbentes; los que halagan los legítimos alientos de militares y marinos de ser títulos a su país, y no les dicen que el país está empobrecido y necesita antes que nada nutrirse y fortalecerse para pensar luego en aventuras de mar y tierra; los que, en fin, hacen un arma de nobles conceptos y sentimientos universales de moralidad, tradición y patriotismo, para tachar a los que entorpecen sus abitas digestiones, calificando a unos de separatistas, a otros de demagogos y a todos de visionarios porque pretenden romper los moldes de un Estado en el que se han fundido todas las desventuras, humillaciones y vergüenzas amontonadas en el transcurso de poco más de un siglo.»

Así es. Cuando queráis leer cosa buena y verdades como puños, dedicad a reparar la Prensa de provincias.

Como esa es la que sufre el yugo, esa es la que protesta con valentía y sin miramiento.

El fiscal que entiende en la causa de la celebrada, retratada, entrevistada y bombeada criminal Cecilia Aznar, ha pedido para dicha señora la pena de muerte en garrote vil.

Y todavía sale ganando dicha señora. Porque si se practicara la ley de Lynch, la deberían matar a ella de un planchazo en los sesos.

Como ella hizo con el desgraciado señor Pastor.

El Globo, diario sagastino, ha publicado un artículo diciendo ¡abajo los viejos! Entre los viejos está el ilustre jefe. Pero otro diario de la Corte le replica, ocupándose en los viejos:

«El catarroso Montero Ríos es el más joven; pero acaso esté más delicado y achacoso que sus dos compañeros. Lo que tenía que dar de sí, la dió en la revolución. Fué su legislador, como Prim fué su espada. Castelar su verbo y Ruiz Zorrilla su voluntad. Después, el varón de las romanas virtudes, se unió a Sagasta y dió la fórmula del fusionismo. Esta fué su última hazaña política. Los pleitos y el caciquismo han ocupado la vida de Montero. El político, el juriscónsulto, el canonista, murió hace tiempo; el abogado enredador, avaro y cacique, que si breve a aquel hombre ilustre, merece ser archivado, retirado, postergado.»

Y a continuación exclama el colega susodicho:

—No son los viejos en edad los que estorban, sino los jóvenes con ideas viejas. Viejo es Benot, y es el más joven de nuestros políticos. Viejo era Pi y Margall, y halló la muerte en una reunión de chiquillos, a la que fué a dar fuego con su alma joven, eternamente joven. No son los viejos en edad los que estorban; sino esos jóvenes lúses, que son viejos por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

Como dato curioso dice *El Noticiero* que las cenizas del gran navegante Cristóbal Colón fueron colocadas, en el mausoleo de la Catedral, por el Alcalde, que es natural de la Habana, y por el general Luque, que ha estado en la Habana.

Y prosiguiendo en busca de curiosidades de este jaez, ha podido añadir:

—¡Dato curioso! Todos los espectadores del funeral habían oído hablar de la Habana, y habían fumado tabaco de la Habana, y hasta tomado café de la Habana.

Lo que no obsta—debió de añadir—para que hayamos perdido la Habana.

No se pueden abrir las Cortes porque el Presidente del Consejo está ronco.

A esto arguye un colega:

«Hasta ahora las monarquías nos habituaron a la idea de que los embarazos y partos de las reinas y las tuberculosis de los reyes influyeran grandemente en la suerte de los pueblos y en los debates de los parlamentos; pero nos quedaba que ver un régimen constitucional pendiente de la laringe, el hígado ó los riñones del presidente del Consejo.»

Y como era eso lo único que nos quedaba que ver, ya lo hemos visto.

Y sin necesidad de que nos cobren el sello móvil.

En *El Porvenir* de hoy leo lo siguiente:

«Un periódico portugués, que publica los retratos de algunos políticos españoles con motivo de la reciente crisis, incurre en un gracioso error. Debajo del retrato de Weyler, se lee el conde de Romanones; junto al de Romero Robledo, dice general Weyler, y como fotografía de Romero Robledo aparece la del conde de Romanones.»

Se conoce que los portugueses son de la misma opinión de su reina.

Esta dió el otro día, hablando de la crisis española, que como siempre sañan de la caja política los mismos literes, no se atrevía a predecir nada.

El director del periódico portugués recibió los retratos sin clasificar, y, como son todos iguales, se dió:

—Clasifiquemos a bultuntum, que nada se pierde.

Y nada se ha perdido.

¿Qué diferencia hay entre Weyler y Romanones? La cojera; pero como eso no se ve en un retrato, lo mismo da.

De un telegrama de Madrid:

«En el café Colonial, situado en la calle de Alcalá, cerca del ministerio de Hacienda, un camarero negóse a servir a una mujer de costumbres licenciosas.»

¡Qué rústico y qué descortés!

CARRASQUILLA.

Orientación

De un extremo a otro de la península, todos estamos unánimes y contextes en afirmar que es grande el número de los republicanos; pero que falta a éstos una seria organización, fuente de movimiento, y una suprema dirección, fuente de vida y de entusiasmo.

El tiempo, soberano destructor de anacronismos, ha matado las agrupaciones nucleas, partiditos y programitas, que solo respondían a necios propósitos de medro personal.

La muerte segó las vidas estimadas de los que pudieron, en otras épocas, representar tendencias más o menos patrióticas, sostenidas principalmente en fuerza de personales prestigios.

Hoy, apagadas por ineficaces las luchas de doctrinas, y olvidadas por impropias las cuestiones de procedimiento, que empujaron toda labor noble, uno es el deseo de la opinión republicana, uno el sentimiento, uno el estímulo: la formación del partido republicano, cristalizándose en íntima unión, a la cual nada se opone, toda esa masa y todos esos elementos que en las varias regiones de España suspiran por vivir activa y honradamente, curadas de las intransigencias y disenciones que los hicieron impotentes en los últimos veinte años.

Los que hemos vivido en trato continuo con el pueblo, unas veces afrontando sus iniciativas, otras censurando sus dilates, debemos recoger y exteriorizar estas generales aspiraciones, para que este clamor llegue a los oídos de los prohombres como eco de natural exigencia, que ha de obligarles a variar de posición, eligiendo de una vez, entre salir de la pasividad a la palestra, o quedar en sus hogares como factor negativo y gastado para la resurrección del partido.

Falta hace, en lo que a Sevilla concierne, que los republicanos tengan presentes estas advertencias, que no surgen de mi pluma pecadora, si no del sentir entusiasta de muchos correligionarios, sana y decididamente dispuestos a saber si hay posibilidad de que en nuestra población el partido republicano llegue a reunir por su propio esfuerzo las condiciones de respeto y beligerancia que necesita.

Y ahora, cuando de todas las provincias el empuje para la formación del partido, es brioso, la opinión necesita conocer en Sevilla, por decoro de los que se llaman republicanos, si todas las personalidades de algún mérito y de historia no contaminadas con las caricias del régimen, son capaces para servir los generales intereses y trabajar con empeño por el engrandecimiento del partido.

Seguiremos apuntando hechos, recogiendo palpitaciones de la opinión y traduciendo aspiraciones de la masa, para que se conozca con toda claridad nuestra situación y nos orientemos en el racional camino, que ya se abre con sólidas bases.

Son, pues, estas consideraciones de hoy un toque de atención para los republicanos de Sevilla.

Sucesivamente, y por todos los medios de propaganda, haremos de cumplir debidamente esta misión.

FIRAY VERDADES.

"Tolstoiana"

«La hipocresía de los padres es cosa corriente en la educación de los hijos, y estos lo advierten enseguida y se tuercen y se desmoralizan. La verdad es la condición esencial de la eficacia del influjo moral y además la condición primordial de la educación. Mas para no tener que temer el mostrar a los niños la realidad de la vida, es preciso hacerla buena. Así la educación de los otros va dentro de la educación de sí mismo, y eso basta.»

Este hermoso párrafo es de Tolstoi. Lo leí yo el otro día en un tomo de «Cartas»—edición francesa—sobre «Educación, Arte y Crítica», tomito que es una verdadera delicia para el espíritu, por la poesía que encierra en todas sus páginas, poesía íntima, candorosa a veces, a veces al rojo blanco, de tal manera sacude y azota, moral siempre, inmensamente sugestiva, por la soberana sencillez con que el «gran cristiano» el reformador de adentro a fuera, se expresa cuando quiera que habla a los hombres, de los problemas capitales de las conciencias.

También es de Tolstoi, y del mismo título, este otro:

«Dos reglas daré sobre la educación: no

sólo vivir bien, sino trabajar en el propio perfeccionamiento y no ocultar nada de su vida. Es preferible que los hijos conozcan el lado débil de sus padres, a que sientan que éstos tienen una vida que ocultan y otra que muestran.»

Esto es: en ambos párrafos Tolstoi condena en absoluto y con frase firme la hipocresía en la educación.

«La hipocresía [el artificio] [el engaño]! Todo eso que corroe y pervierte el corazón del niño. La educación debe ser obra de verdad, de noble sinceridad, obra de amor. ¡Ay de la pedagogía que procura excitar celos, provocar insanas emulaciones, sugerir odios, agriando caracteres, sembrando envidias! Incalculables son los daños definitivos que semejante pedagogía, de premios y castigos, produce a la humanidad.»

«Se puede asegurar—añade Tolstoi—una cosa, y es que lo bueno despierta lo bueno en el corazón de los hombres, y produce de cierto este efecto, aunque no se vea. El hecho solo de que al separarnos de vuestros discípulos lloréis—si ellos lo saben—dejará en su corazón de discípulos huella más profunda y duradera que centenares de lecciones.»

«Esa desnaturalización de la razón, a la cual por un motivo personal, se somete a los niños durante su educación, es horrible. El reinado del materialismo consciente solo así se explica. Se inspiran al niño tales cosas insanas que inmediatamente la concepción materialista, limitada, falsa, que, sin haber alcanzado sus últimas conclusiones, demuestra la falsedad del entendimiento, se presenta como una adquisición formidable de la razón.»

Pero aún no aparece en esos admirables párrafos la idea capital pedagógica, «tolstoiana.» Se verá ésta explicada en otras. ¡Y qué fecunda es! ¡A qué grandes consecuencias se presta un desarrollo social de la misma!

Tolstoi pone como el primer vehículo de la acción educativa, con el apoyo del amor, el ejemplo: el ejemplo de una vida «ejemplar», que por imitación sugiera otra vida analoga. ¿Cómo es posible convencer y dirigir la voluntad sin introducirse en el alma del niño o del hombre. ¿Y cómo despertar el entusiasmo por una idea, por un sentimiento, por un acto, sin... dar ejemplo, sin amarlos de veras, de modo que se vea?

¿Qué fé en el progreso puede despertar quien lo niega? ¿Cómo ha de inspirar amor entusiasta hacia un ideal de vida, y el amor que luego provoca una conducta conforme a ese ideal, quien no lo tiene como meta visible de la suya propia? ¿Cómo, en fin, ha de guiar por un camino dado, quien tiene como obligación moral, cuando no como deber público, apartarse de él, más aún, ir por uno contrario?

Eso no lo dice Tolstoi, pero, en cambio, dice esto otro:

«La educación es el influjo sobre el corazón de aquellos a quienes educamos. No se puede conseguir el influjo sobre el corazón sino por la hipnosis—a la cual son tan sensibles los niños—la hipnosis por el contagio del ejemplo.»

«La educación parece una obra complicada y difícil, mientras nos empeñamos sin educarnos, en educar a nuestros hijos o los hijos de los demás. Desde el instante en que se comprenda que no es posible educar a los demás sino por y mediante el propio ejemplo, la cuestión de la educación se elimina, y queda tan solo esta otra, relativa a la vida: ¿cómo se debe vivir? Porque yo no conozco ningún hecho que tenga relación con la educación de los niños que no esté implícitamente en la educación propia... «... toda la educación ó, cuando ménos, las 999, se apoya en el ejemplo, en la corrección y en el perfeccionamiento de la propia vida.»

Antes, unas páginas más arriba del interesantísimo folleto, escribía el autor de «Resurrección»:

«Los hombres, los educadores, ocultan a los niños su vida, y en general la vida misma de los hombres hechos, colocándolos en condiciones especiales—institutos, escuelas...»

«Y prescriben reglas religiosas y morales, a las cuales es necesario añadir esta otra: «Haz lo que yo te digo, no hagas lo que yo hago.»

Es decir, la negación del principio: educarás con tu ejemplo, con tu ideal de la vida.

Negación, después de todo, que acaso impere demasiado en la práctica pedagógica al uso, y que por necesidad tiene que constituir la base indestructible, más fatal é inevitable de toda acción educativa que v. gr. siguió al mundo, que prepara para el siglo, como quien no puede pasar por otro camino.

Quizá va implícita la negación aludida, ó el principio adicionado por Tolstoi, en la tarea de quienes, queriendo dar un hermoso y elevado ejemplo de supremo desinterés y humildad, renuncian al mundo y a sus vanidades, y luego se proponen formar almas para las luchas y exigencias y dificultades del mundo.

Hé aquí, para terminar, otro párrafo que no es de Tolstoi, sino del pedagogo francés monsieur Brisson, pero que se enlaza bastante con la última consecuencia apuntada:

«Pedis—dice éste—la libertad de retiraros del mundo, después de haber jurado renunciar al matrimonio... a vuestra libertad... Pero... reaparecéis luego, reclamando vuestros derechos... y en primer término el de instruir y educar a los niños destinados a vivir en el seno de esta sociedad de que os habéis apartado... Es bien extraño.»

ADOLFO POSADA.

El fracaso de la retórica

En esta última etapa parlamentaria han tomado parte los oradores más elocuentes de la Cámara: Maura, Canalejas y Silvela, haciendo cada cual un discurso de oposición al Gobierno, de aquellos que se hubieran denominado en otra época verdaderos monumentos parlamentarios. Los tres han puesto en su oración (lo llamaremos así para expresarnos en los términos del vocabulario de lo convencional todavía en uso) cuanto podían poner de retórica.

Y a su vez han hablado también en esta etapa, entre otros, los diputados Lombardero, Soriano, Francos Rodríguez y Gasset, que no presumen de oradores de talla y que, al hacer uso de la palabra, se comprendía que no era con el deseo de adiestrarse para llegar a serlo algún día con la costumbre. ¿Se quiere saber quiénes son los diputados que han hecho daño en realidad al Gobierno? Pues no han sido ni Maura, que dió motivo a Moret para que pronunciase un discurso tan elocuente como el de don Antonio en sentido diametralmente opuesto; ni Canalejas, que facilitó a Sagasta ocasión para que se manifestara más valiente y resuelto que lo haya estado jamás, arrancando aplausos estrepitosos de la mayoría por ello; ni Silvela, que sacó con su retórica la discusión del tercio grave en que estaba, para proporcionar a don Práxedes una especie de rehabilitación dudable medio para defenderse.

Los que en realidad han hecho daño al Gobierno, los que han inutilizado a dos ó tres ministros y dejado en condiciones de penosa marcha a los demás, han sido Lombardero, que mata con una pregunta el proyecto del *affidavit* aun antes de nacido, pues que todavía no se había leído en el Parlamento; y deja insoportable al ministro de Hacienda; Soriano, que presenta a Suárez Inclán haciendo en Asturias, mientras el viaje regió, una figura risible de puro triste; Francos, que en menos de un cuarto de hora demuestra con pruebas irrecusables que en lo del fuerte de San Cristóbal, Sagasta y Weyler han dicho lo que no es exacto; y Gasset, que en tres párrafos hace comprender a la Cámara la necesidad de que fije la atención en un asunto escandaloso.

Nunca se había demostrado por modo más evidente que ahora la inutilidad y hasta lo contraproducente de la oratoria grandilocuente y de pura retórica. Con ella sola el debate último habría terminado como otros cuantos anteriores, sin dejar recuerdo, después de haber hastiado un poco más a la opinión de lo que ya lo estaba. Mas la intervención de esos cuatro diputados que hemos citado, Lombardero, Soriano, Francos y Gasset, ha impedido que las cosas marchen como marchar solían. Porque éstos se le vantaron, no para que se les tuviera por retróricos y les aplaudieran los diputados de todos los lados de la Cámara, para lo cual es requisito indispensable elevar la puetería en forma que no haga blanco y, por consiguiente, que no resulten heridos, sino para apuntar como es debido si se ha de hacer un bien a la nación, y dejar fuera de combate a gobernantes que merecen caer.

¡Oh! Si todo el que se levantara en el Parlamento lo hiciese movido solo de los propósitos que lo han hecho los diputados últimamente nombrados, y resueltos a no apartarse de esos propósitos, como se les ha visto, es seguro que no se habrían desacreditado los debates políticos en la forma que lo estaban. Porque la opinión, acostumbrada a no oír hablar de los tales debates sino cuando hubiese motivo que lo justificase y para ver víctimas siempre como resultados de ellos, ayudaría con su interés con su entusiasmo y con su decidido apoyo, a los que

los plantearan, en lugar de hacer lo que ahora, que es volver la espalda ante el temor de sentir náuseas.

Que conste: lo que sobra en el Parlamento es la retórica. Al abuso de ésta, que es lo que teatraliza lo falso y lo que hacía inútil las Cortes, se debe el que el país hubiera dejado de leer los extractos de las sesiones. Que imiten todos los diputados a esos cuatro que hemos citado anteriormente, y empezarán los gobernantes a temer un poco y la nación a mirar con más interés cuanto se relaciona con el Parlamento.

Es verdad que para que el mayor número de los diputados pudieran imitar a los aludidos, necesitaría empezar por cambiar la manera de ser del régimen. La situación en que se encuentran esos diputados es una excepción. Y esas excepciones son contadas con el sistema de elecciones y componidas al uso.

AL PASAR...

EL POBRE DON JUAN

Pocos se han dado cuenta cabal de que el ruboso y calavera personaje de Zorrilla está a los dedos del descredito. Mucho se ha escrito a en estos días, quién para recordar que le engendrara Tirso de Molina, quién para regocijarse de que saliera en esos escenarios, y algunos literatos para deplorar el desvío con que asiste el público a las proezas de Tenorio.

Verdad es que el progenitor de Don Juan Tirso de Molina; pero no es menos cierto que a no haberse acordado de él Alejandro Dumas padre, Zorrilla no hubiese escrito las más ingeniosas escenas de su drama, que pertenecen al fértil escritor francés. Ello no importa para lo que me dispongo a decir.

En puridad, el donjuanismo—como denomina Barbey d'Aurevilly al sentido que aplican los calveros a la vida—no ha sido nunca privativamente español. Hay en los cuentos de Boccaccio y en ciertas narraciones francesas del siglo XIV, tipos de hombres audaces, desoreidos, impetuosamente sexuales y de un valor y una entereza de ánimo que pasman. Tienen sobre nuestro Don Juan una ventaja: el buen humor, la envidia picaresca, que es Tenorio mismo desvergonzado.

Pues bien; aquellos errabundos y aventureros señores amaban y se bañan con la misma indiferencia que Don Juan. Solo que sabían morir sin que les amedrantase el temor de castigos mundanos. La familiaridad de vivir con el diablo infundiales cierta confianza en que Satanás no les mostraría muy duro con ellos en el infierno.

¿Admira el público a Don Juan? Consúltese *Blanco y Negro* a sus lectores y se verá lo mero peregrino de sus respuestas. Anticipándome a ellas, me atrevo, sin embargo, a declarar que antes que admiración inspira Don Juan un sentimiento de lástima burlona y de extrañeza irónica.

Aquel hombre que tiene el mal gusto de sacar a relucir su dinero con la ostentosa inoportunidad de cualquier señorito enriquecido ayer, inspira desesos de apalearle por imbécil. ¿Y cuando se bate? ¿Recuerdan ustedes palabrería más vana, ridícula y fanfarronesca que la de Don Juan? De sus amores no, hablemos. La más elemental psicología de las mujeres nos enseña que todas ellas pretenden pasar por difíciles de coquetear y que muy rara vez se entregan a los fatuos que se acercan a ellas con aire de conquistadores. Don Juan procede al contrario. Se aproxima a una mujer con tan presuntuoso desgaire, con tan segura fi en su triunfo, que no se comprende cómo la primera dama con quien habla no le envía enhorramela.

Todas las empresas de Don Juan van precedidas de tal aparato y rodeadas de tal misterio, que inspiran deseos de burla. A ser franco, declararía que eso Tenorio de la leyenda, gallardo y calavera, que mañaba ancianos y robaba monjas—habiendo tan garridas mozas fuera del claustro—me parece un andaz vulgar, un tipo sin grandeza que está diciendo a gritos que se utilice su vida como argumento de zarzuela del género chico.

Ando lejos de negar que Don Juan existe. Entre nosotros vive; pero transformado por el tiempo y las costumbres.

Ya no prodiga el dinero en generosidades a la romana; se lo juega en el casino. Ya no mata, pues cuando le sobreviene una pendencia dos amigos se encargan de entregarle un acta en la que se le reconoce valor y caballerosidad, dotes que Don Juan no está muy seguro de poseer.

En sus lances de amor tampoco procede a la manera de Tenorio. Tiene una querida, a la cual suministra seis mil reales al mes, ó menos—según las altas y bajas del juego—una querida que lo engaña con un torero ó con un tipo cualquiera, y él a su vez, se desquita entendiéndose en secreto con la mujer de su más íntimo amigo.

Eso sí, está bien educado. Cede la derecha a las señoras, respeta a los ancianos y no se encoleriza porque al volver la calle no le franqueen el paso. Sabe decir a las damas: «A los pies de usted, señoría», y a los caballeros que le son indiferentes: «Mi querido Fulano».

La existencia sentimental de don Juan condensa en el matrimonio. Casase, por lo regular, con mujer que disponga de buen palmito y de mejor que